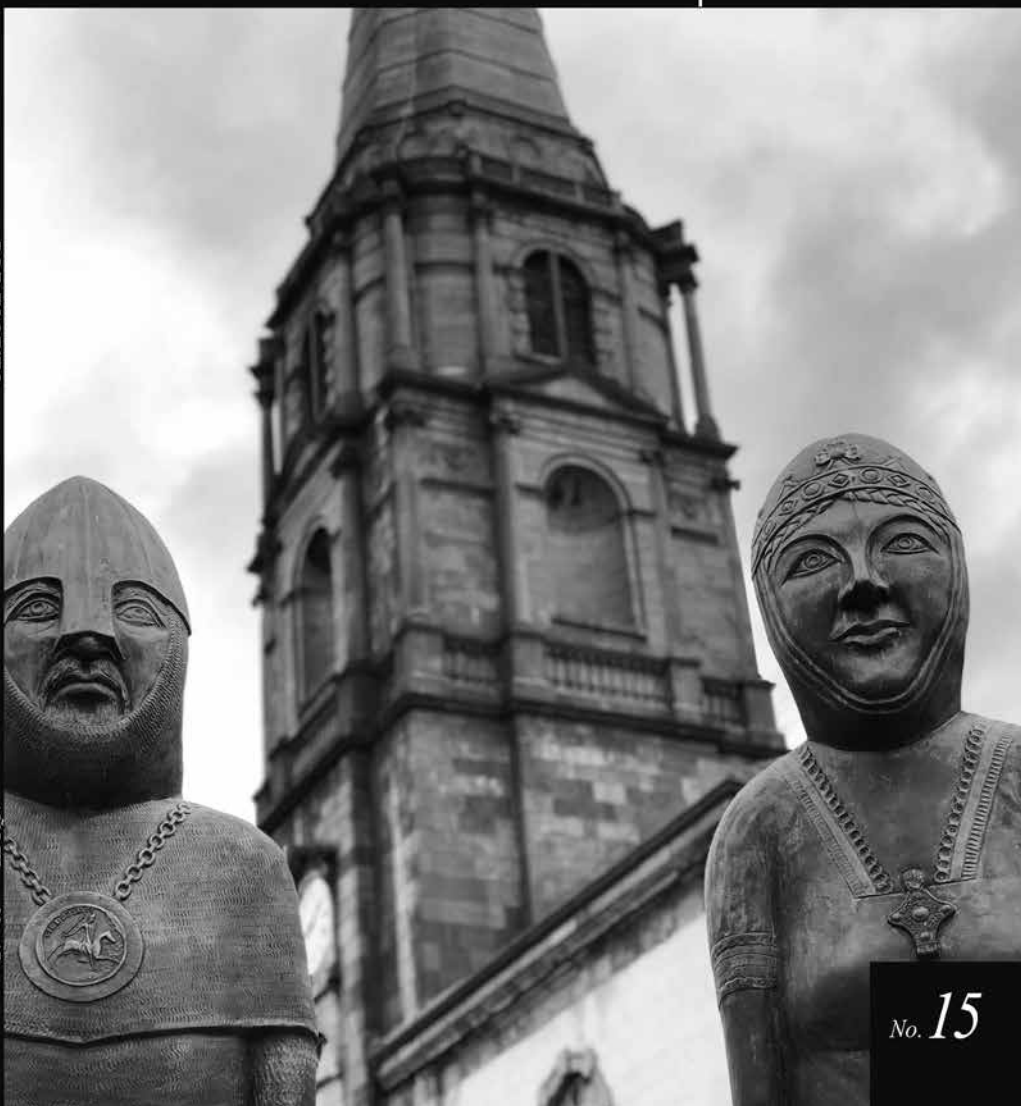


PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

AGOSTO-SEPTIEMBRE
2018



No. **15**



*La Embajada de Sudáfrica
en colaboración con
Pretextos literarios por escrito*

convoca

Al primer concurso de poesía y de
cuento corto para conmemorar el
centenario del nacimiento de
Nelson Mandela

CONSULTA LAS BASES EN NUESTRA PÁGINA
www.poescrito.org

Nelson Mandela
Centenary
2018
Be the Legacy

A NELSON MANDELA FOUNDATION INITIATIVE

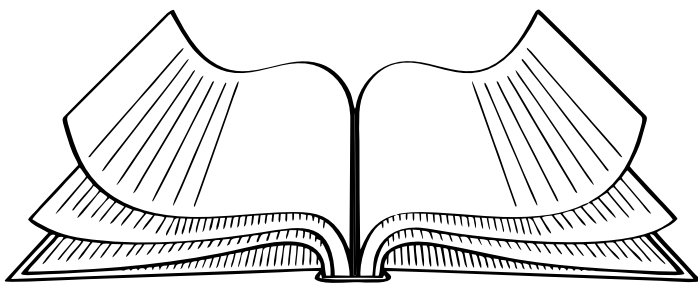

**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**



República de Sudáfrica




**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org

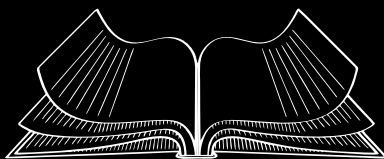




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Somos	8
David González	
Momento	9
Óscar Cuéllar	
Credo	10
Carmen Ledesma Juárez	
Póstumo 31	12
Isaac Osorio	
Me perderé	13
Luz Sierra	
Fumaré un cigarro en París	14
Ricardo Jesús García Gómez	
Mamá Gopar	16
Emilio Tenorio	
Huesos del esqueleto social	17
David González	

FIRMAS

Tempus abire tibi est	18
Cecilia Durán Mena	
Empezar este poema	22
Yamil Narchi Sadek	
Un estar que	23
Yamil Narchi Sadek	
Perro	24
Andrea Fischer	
Ni bordado a mano	26
Virginia Meade	
La esposa inconforme	29
María Elena Sarmiento	
Fortunato	31
Enrique Héctor González	
Encuentro 1	35
Cecilia Durán Mena	

IMAGINARIO 38

VOCES

La vuelta	43
Francisco Duarte Cué	
La noche del 2 de abril de 1985.....	44
Luz del Carmen Ledesma Juárez	
Buceo literario	46
Daniel Campodónico	
Mis yoes	47
Daniel Campodónico	
Mozart y María Antonieta	48
Ezequiel Caminiti	
Juego de naipes	49
Ezequiel Caminiti	
Papel perfumado.....	50
Enrique Garza	
Avisame cuando estés en casa	52
Audiel Gonzajúa	
Los amarillos de su cuarto	54
Juan Pablo Goñi Capurro	
Kramer Vs. Kramer.....	56
Carlos Azar Manzur	

Hablando por escrito

Es curioso, varios editores coinciden en que su misión es ir a la búsqueda de nuevos talentos para darlos a conocer al mundo. Eso es lo que debería ser el trabajo de un buen editor. Sin embargo, me parece que muchos gozamos de la misma buena fortuna: no los tenemos que buscar, llegan solos. Al menos esa ha sido nuestra experiencia. Es posible que la ventana de oportunidad que se abre a través de este espacio represente una especie de fuerza atrayente que ejerza un campo magnético de talento o que el vínculo que el escritor quiere construir con el lector en Pretextos literarios por escrito sea un lugar propiciatorio. Hay un arco extenso de posibilidades que ayudarían a explicar la maravilla de conectar autores con lectores. Lo cierto es que esta revista ha servido como eslabón entre los ojos curiosos y las letras inquietas.

Definir la labor de un gran editor sería tan simple como decir que es aquel que se dedica a cazar talentos. De hecho, es así y desde luego, no debe ser tan simple como se piensa. Seguramente, la principal tarea de un buen editor tenga que ser la búsqueda incansable de textos magníficos, lo que pasa es que hemos tenido la gracia de que, en vez de salir a buscar, ellos llegan. Esto me llena de esperanza pues es una evidencia de que este mundo es capaz de generar belleza por encima del caos.

Entonces, la función editorial cambia. Una de las tareas en verdad más importantes que hemos ejercido junto con la mesa de edición radica en la posibilidad de elegir. Los textos que publicamos son aquellos que nos dan la posibilidad de ver otros mundos, conocer otras perspectivas, aprender unos de otros, antes que celebrar o lamentar los compartimentos culturales rígidamente delineados, en los cuales finalmente clasifican los textos.

En esta condición, hemos decidido abrir las pastas — virtuales y físicas— de esta revista a autores que aborden la importancia de la comunicación intercultural e internacional, las simetrías y asimetrías del mundo contemporáneo, que nos muestren culturas locales o ideas universales que abonen al fortalecimiento del vínculo que debe establecerse entre quien lee quien escribe. Los textos que han encontrado lugar en esta revista sirven de pretexto para que el lector entre en ese ensueño que nos puede enriquecer a través de imágenes, letras e historias.

Tener un mundo con muchos avances tecnológicos pero pocas historias que contar, poca poesía que apreciar, poca literatura que leer, pocas fotografías que mirar no equivale a un mayor éxito en el desarrollo. Hay que dar la batalla de una u otra forma. Estoy convencida que es muy agradable sentir cuando la cultura envuelve nuestras vidas, nuestros deseos, nuestras frustraciones, nuestras ambiciones, y las libertades que buscamos. La posibilidad y las condiciones para las actividades culturales converjan están entre las libertades fundamentales, cuyo crecimiento se puede ver como parte constitutiva del desarrollo. Tristemente, no parece estar en las prioridades generales de la gente. Sin embargo, el flujo creativo que recibimos para integrar Pretextos literarios por escrito y la avidez con la que se buscan nuestros números me llena de entusiasmo y me lleva a la certeza de que vamos avanzando en nuestro empeño.

El propio funcionamiento de Pretextos literarios por escrito como puente entre el creador y quien pasa la mirada por sus páginas es un acto de solidaridad social y de apoyo mutuo que está fuertemente influido por el amor a la cultura. El éxito de la vida social depende en gran medida de lo que las personas

hacemos espontáneamente por los demás y que ello puede influir de manera profunda y positiva en el funcionamiento de la sociedad. El sentido de cercanía entre quien creó y quien apreció puede ser un bien de gran importancia para nuestra comunidad. Las ventajas que se vierten de la solidaridad y del apoyo mutuo han recibido mucha atención para los textos que hemos tenido la dicha de publicar.

Los textos salen del cajón o del archivo electrónico y recorren el camino que los llevará a ser difundidos, publicados, puestos al alcance de ojos lectores. Entonces, la misión editorial de Pretextos literarios por escrito sigue siendo la de siempre, tal vez humilde, tal vez titánica, pero... seguimos en nuestro cometido de atrapar lectores para nunca dejarlos ir. Con ustedes, el número 15.



Paúl Núñez

Somos

David González

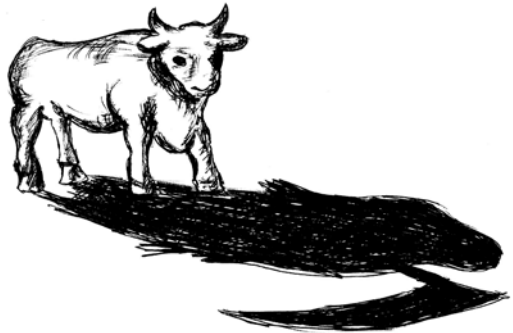
somos
carne de palabras
cruzando en la noche
de la devastación
profanando los misterios
un circular retorno
en comunión alucinada
de materia y verdad.



Momento

Óscar Cuéllar

Lanza lánguidos mugidos
buey de los segundos
dirige a su vacada
hacia la nada-pradera
de lodo eterno y pegajoso
lanza lánguidos mugidos
lo llama
el pastor del tiempo
hacia el corral-matadero
de las horas
lanza lánguidos mugidos
asustado
se postra
mira el cuchillo
de Ananké la carnicera
que afilado se cierne
sobre su cuello desnudo
lanza lánguidos mugidos
su sangre-instante
se dispersa
semental muerto
el momento.



Paúl Núñez

Credo

Carmen Ledesma Juárez

Creo en un sólo Verso,
perpetuo, sacrosanto progenitor.
Tejedor del credo mío
yacente entre las hebras
de tus iris doloridos.

Y ahí,
en la mera esencia de ese dolor cruel,
quemante y sanguinario,
miro emerger desde la negra oquedad de tus pupilas
a las hirientes sátiras en las que creo.

Creo en un sólo Verso,
sádico artesano de la lírica soledad,
de todo lo anacrónico y diacrónico.
Verso único de tus ojos,
nacido del acre y cáustico silencio,
y de tus labios pronunciado.

Dialefa de Dialefa,
Verso de Verso,
Poema verdadero de Poema verdadero.
Engendrado, no viciado
de la misma agónica humedad
que enturbia la mirada
de El psicótico de la poiesis.

Y en el eco de los macabros confines
del orco del alma tuya,
escucho a mi único Verso gritar y palpitar
desde la asonancia de su sílaba.
Me exhorta y me suplica
“ven por mí, ven por mí, por mí ven”.

Ruego por ti, Verso,
Padre de toda mi elegía;
y desde mi mano pobre sometida
te evoco, te consagro y santifico.

Gloria al Verso,
gloria al Verso,
gloria a tus Labios verso,
Y al Credo que tus ojos catequizan.



Paúl Núñez

Póstumo 31

Isaac Osorio

Te quiero de vuelta en nuestro universo de palabras revueltas y mal escritas.

Compartiendo amaneceres a la distancia.

¿Sabré que en verdad eres tú?

¿Sabrás que se trata de mí?

Te quiero de regreso y con un costal a cuestas, lleno de todos aquellos que de pronto desaparecieron.

—Recuerdo aquellas risas, que convertí ahora en nubes, para escucharte con mis ojos—

Tu ropa con tinta colorada es el único recuerdo de tu vida en nuestras vidas,
tu retrato serio ahora inunda nuestras pláticas,
ahora estás convertido y multiplicado en papel blanco y negro.

Dueles por días, por meses, dueles por años y años de no saberte.

Estoy, estamos hondamente tristes.

Huecos.

¿Cómo arrebatarte y aparecerte en el mismo sitio de donde te me arrebataron?

—Haz convertido todas las noches desde entonces, en pasos—

Dueles y duele no alcanzar a llorarte tanto,
no tener la voz suficiente,

no tener paz,
no tan fuerte,
no la sangre tan roja.

¿Cuánto tardarás en escucharme? ¿Cuánto tardaré en reconocerte?

¿Cuántos gritos? ¿Cuántos soles?

Regresa no para andar de la mano, sino del alma.

No seas noticia. Deja de gastar tu nombre y apellidos. Cierra los ojos en todos los retratos.

No concibo cansarme.



Paúl Núñez

Me perderé

Luz Sierra

Me perderé
en el tiradero
de basura de mi cuarto
y moriré de hambre
o de sed
o de miedo
o sin cariño
sin afecto.

Las tortillas
resienten tus manos
y el comal me retoba en la cocina
la estufa no prende
y los platos en tremendo mitote
han reclamado tu ausencia
no te vayas
quédate solo un minuto más
mientras duermo
cobijado por tu presencia.



Paul Núñez

Fumaré un cigarro en París

Ricardo Jesús García Gómez

Cuando caiga la noche
y las luces de los postes inunden las calles
fumaré un cigarro en París.
Entonces el humo invadirá la historia
y romperé con el cliché del romance.
Se intoxicarán los árboles, las estrellas y mis pulmones
y allí, en ese instante, pensaré en ti.
Cuando mis labios besen la colilla
tu cuerpo aparecerá etéreo, deforme, entre los ojos de la gente.

Cuando caiga la noche
y mi cuerpo camine solo entre los parques
fumaré un cigarro en París.
Entonces la magia se pintará de colores distintos
las tiendas, llenas de muchedumbre,
cerrarán porque el cliché del romance ha muerto
y allí, entre el alboroto, daré la primera calada
y tú aparecerás igual que en la infancia
como una corazonada.

Cariño, fumaré un cigarro en París
bajo la lluvia, entre los puentes, en mi soledad
cuando los perros transiten la calle con la lengua de fuera
Entre el frío y el café de los enamorados
el humo saldrá de mi pecho
pasará por mis labios, que son los tuyos,
se mezclará con los pensamientos del vagabundo,
de la anciana bondadosa, del gato narcisista
y caerá en París, entre su café y su música
entre su gente y su arquitectura.

París me recordará,
porque bajo su lluvia, bajo su torre
he pensado en ti, a solas,
en un hotel de quinta
bajo sábanas viejas, soñadoras,
entre los dientes amarillos de una mucama vieja, grisácea.

Cuando caiga la noche
y mis ojos se cubran de frío
fumaré un cigarro en París.
Entonces llegarás en el último vuelo
y haremos el amor
como si fuera la primera vez,
entre espejos y vino
tu cuerpo se mostrará desnudo, crudo
y la carne, nuestra carne
me recordará aquel cigarro en París.



Mamá Gopar

Emilio Tenorio

Calor, amor, sangre y sudor.
Jornada veinticuatro siete.
Miedo asesinado en su mente.
Firme, injertándonos valor.

Diluvia en los batientes por
culpa nuestra, amor indulgente
es fiel castigo penitente.
Abrigo, forma de expiación.

Sangre sin remuneración.
Felicidad propia que siente
omitiendo el sudor en la frente,
interno dolor sin clamor.

Por la mía su vida dio.
Imploro ya eternamente
que el tiempo sea indiferente
al abrazo que ahora doy.

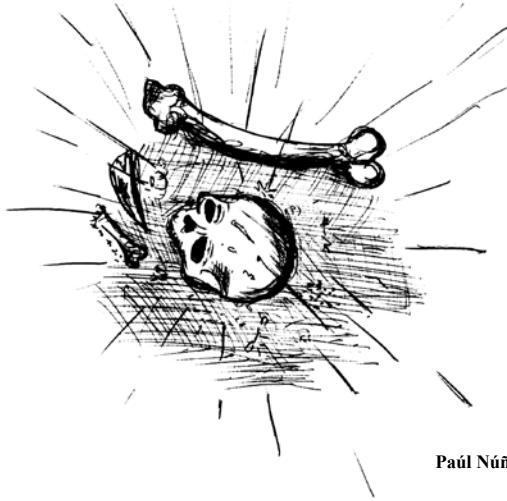
Retribuir espero yo
agradeciéndole igualmente,
y a su cariño concerniente
sentarnos juntos frente al sol.



Huesos del esqueleto social

David González

huesos del esqueleto social
erguidos de ausentes
bailan la música del polvo
descartes de la memoria
enterrados en descampados
el miedo gotea y calla
quedan en fotos los muertos.



Paúl Núñez

Tempus abire tibi est

Cecilia Durán Mena

Madrina, cuéntanos un cuento antes de dormir. Que sea de brujas. No, que sea de Acapulco, porque las brujas me dan miedo y luego tengo pesadillas. No, Bibi, tú siempre escoges, además, yo le pedí a la madrina que nos contara un cuento. Fue mi idea. Vamos a ver, no se peleen. Les puedo contar un cuento de brujas y de Acapulco que no les provoque pesadillas, ¿qué les parece? Los niños aplauden y se arrebujan en las almohadas de mi cama. Esa vacación, mi amiga me había venido a visitar a la casa de la playa y la primera noche sus hijos habían insistido en quedarse a dormir en mi habitación. Aunque, aquello no me pareció tan buena idea, tuve que acceder. Fue algo así como verme acorralada y también un acto de compasión. La madre tenía unas ojeras que le llegaban al suelo y los niños una energía que parecía que no se les iba a acabar jamás. Que descanse, pensé, y accedí a llevarme a los niños a mi cuarto.

Hacia tantos años que no contaba un cuento para dormir, que me costó trabajo pensar en algo que fuera adecuado y que reuniera los dos requisitos planteados al principio. Como los niños me miraban con ojos impacientes, empecé a hablar por hablar. A inventar al aire y a unir palabras al hilo, hasta que, como siempre me sucede, llegaron recuerdos de aquella época en la que empecé a escribir.

Contaba, como si los niños no estuvieran ahí. Como para mí misma, aunque ahí estaban mis dos escuchas atentos, que es mucho más de lo que algunos escritores pueden aspirar. Cité a Horacio, como si me lo estuviera repitiendo por alguna extraña razón: Tempus abire tibi est. ¿Qué quiere decir eso, madrina? Había una vez, un hombre sabio que se vino a vivir a Acapulco para disfrutar de su época de retiro. Lo conocí hace algunos años, justo cuando acababa de comprar esta casa.

¿Cómo era ese señor, madrina? Es difícil de describir, había muchas leyendas en torno suyo, ¿saben? Se decía que era un brujo, que tenía los ojos torcidos, que jamás se bañaba y que le olía mal la boca. ¡Fuchi, madrina! ¿Se peinaba? No, no creo. Tenía poco pelo y le gustaba dejarse la barba larga. Tempus abire tibi est, a él le escuché esas palabras por primera vez.

¿Cómo lo conociste, madrina? De la misma forma en la que se conocen a todos los vecinos, vino a pedir una tacita de azúcar. Se acercó a la puerta y tocó el timbre, como cualquier persona. Octavia subió corriendo a avisarme que el vecino estaba ahí. Ábrele. No, me da miedo. A Octavia, igual que a toda la gente aquí, le daba pánico toparse con el vecino, insistían en que hacía cosas horribles y que tenía poderes. Entonces, tuve que dejar lo que estaba escribiendo y fui a abrirle directamente.

¿No te dio miedo, madrina? Fíjate que no, en realidad me dio un poco de risa ver a Octavia tan asustada. Al abrir me topé con un hombre que

se veía muy viejo, pero de esos a los que no les puedes calcular la edad. ¿De esos que están muy tristes, madrina? Me quedé mirando a mi ahijado, tratando de unir el recuerdo y la imagen. Sí, efectivamente. La tristeza era lo que no me permitía tener una claridad de los años que llevaba vividos. No era tan oscuro como me lo esperaba. Llevaba una camisa con dibujos de tucanes que estaba mal abotonada, los ojales no coincidían con el botón que les correspondía y las faldas de la camisa acababan en forma irregular, llevaba la barba larga, como si en toda la semana no se hubiera rasurado y, eso sí, la mirada era muy dura, pero contrastaba con la dulzura con la que pronunciaba las palabras.

—Hola, soy tu vecino y quisiera que me regalaras un poco de azúcar —dijo y extendió una taza de porcelana con dibujos azules de pájaros.

—Claro que sí, pasa, por favor —le dije con la mala intención de estremecer a Octavia al ver al vecino en la casa.

—Prefiero esperar afuera, es que vengo con Cheques Pérez —dijo señalando a un Bernés negro y dorado que me miraba sonriente al lado de su amo, parecía un oso por la cara y por el tamaño.

Esa misma tarde, recibí de regreso aquella taza con una invitación para tomar café en su casa. En el cuenco de la taza, venía un sobre con un signo muy curioso en el que aparecía un hombre barbón vestido con una túnica griega. Dentro, unas letras manuscritas en caligrafía palmer bien escrita que tenía la dirección y el horario en el que me esperaba. No había teléfono ni medio de confirmación de la cita, así que asumí que daba por hecho que asistiría.

Acudí, más por curiosidad de escritora que por las ganas de tomar café con mi vecino. La casa, como era de esperarse, estaba hecha un desorden. En el jardín delantero, las flores crecían en una desorganización armónica de colores y tamaños. Había un número inexacto de gatos de todos colores y edades que corrían por doquier. Al tocar el timbre, algunos se fueron a esconder debajo de un coche oxidado que estaba estacionado sobre el pasto y otros vinieron a dar la bienvenida a la invitada.

Al salir el vecino, Cheques Pérez lo aventó, fue el primero en llegar a la puerta y me lamó las manos.

—Mira, le caes bien. Parece que Cheques Pérez piensa que eres una persona de fiar. Pasa, por favor.

Los muebles de ratán estaban algo desvencijados, un poco rotos, pero lo suficientemente fuertes como para resistir a la invitada. En la parte del fondo, se escuchaba el ladrido de un montón de perros y el maullido de un sinfín de gatos, pero la casa olía a sal de mar. Era como si la conmoción de ruidos animales intentase ahuyentar a la gente y el aroma al agua salada actuara en contraste. Le pregunté si tenía tantos perros y gatos para proteger el lugar. Me contestó tajante que no. Los tengo por la compañía. Como ves, no soy el ermitaño que todos dicen que soy. Tampoco soy brujo, soy un mago.

Así me enteré de que mi vecino había sido un mago de crucero. Entre la música de los Beatles de un disco de vinil que puso en un aparato que parecía una pieza de museo, me contó de sus viajes y de lo terrible que era actuar para

una audiencia en la que se encontraba tanto donnadie. Tanto donnadie, repetí como si quisiera entender lo que esas palabras reflejaban. Y, así, como si al repetir sus palabras me hubiera adherido a ellas en forma irremediable, guardé silencio y permití que me contara tantas historias como las dos horas de la invitación alcanzaron. Me narró una anécdota algo desgarrada sobre una joven y una guacamaya, sobre la primera vez que desembarcó en Dubrovnik, sobre los cementerios de Roma y justo un minuto antes de que se marcaran las dos horas, se puso de pie y me agradeció la invitación.

Al ver mi desconcierto, señaló el reloj y me dijo: *Tempus abire tibi est*. Regresé a casa y esa noche y tuve sueños maravillosos de duendes y hadas que me dictaban historias para completar la novela que estaba escribiendo. Tenía que volver a visitar al vecino. Fui a invitarlo a comer, pero por más que toqué el timbre, sólo salieron los gatos y pude escuchar los ladridos de Cheques Pérez, pero el vecino nunca salió a abrir.

Pasaron dos días y por fin llegó la taza con una nueva invitación. La fórmula se repitió: música de discos de vinil de los sesentas, historias de magia y viajes. Dos horas justas. *Tempus abire tibi est*. Como si fuera una niña pequeña, me quedé sentada y le dije que me contara una historia más antes de irme. *Tempus abire tibi est*, fue una frase atribuida a Horacio, aunque tal vez lo dijo Cicerón y quiere decir: escuchaste bastante, comiste y bebiste bien, es tiempo de que te vayas.” Se refiere al momento preciso para partir y que la magia quede intacta, ¿entiendes? Es la dosis necesaria para que el truco no se eche a perder, te lo dice un experto. Por la noche, en sueños, las ideas de mi novela fluían con una creatividad magnífica.

Las invitaciones fueron llegando en forma desordenada, unas veces eran cada tercer día, otras a diario, otras semanas ni siquiera nos veíamos. La frecuencia no tiene la menor importancia, eso es lo que lo hace interesante, me decía mientras me acariciaba la mejilla, como si estuviera consolando a una niña pequeña. A Octavia se le pasó el susto y ya los cuentos del vecino brujo le daban risa.

Una noche me invitó a cenar. Preparó tortilla de queso y destapó una botella de Vega Sicilia. Hoy es una ocasión especial. Tendrás que afinar mucho tu instinto, te voy a pedir un favor. Los ruidos de gatos y perros servían de coro a las palabras del mago. Empezó a repetir nombres con una especie de cadencia fúnebre y el ruido de los maullidos y de los ladridos le ayudaban a dar un ritmo. Cheques Pérez me miraba largo y no sonreía. ¿Me acompañas a la playa? ¿Hoy? Hoy o mañana, pero no puede ser después de pasado mañana. Elije, te doy ese privilegio. Vamos mañana, ¿a qué hora quieres que pase por ti? Justo cuando esté empezando a oscurecer. ¿A las siete? Cuando esté empezando a oscurecer.

Consulté en el sitio del Meteorológico Nacional para saber con precisión a qué hora sería el ocaso y en ese preciso momento pasé por mi vecino. Salió con Cheques Pérez, venía vestido totalmente de blanco, se había rasurado y la mirada había dejado de ser dura, estaba llena de ternura. ¿Listo? Listísimo,

vámonos. ¿A qué playa quieres ir? A la Bocana, quiero quietud, mientras más solos mejor. Sus palabras sonaban raras esa noche. Parecían salidas de alguna prosa perdida en la Historia. Encendió la radio. Esta música es horrible. La apagó.

Mientras yo manejaba, me contó de la importancia que para un mago tiene la exactitud del uso del tiempo. Una falla y falla el truco. Se disuelve la magia. Por eso las rutinas son importantes: despertar, bañarse, cepillarse los dientes, comprobar si hay correo, sentarse a desayunar, leer, contemplar el mar, comer lo que prepara la señora Carmina, leer, recibir visitas o ver la televisión, ponerse la pijama, mirar el mar, cenar, dormir. Y, así, por el tiempo justo. Lo único que merece el orden de salpimentar la vida es acariciar a Cheques Pérez cuando me da la gana. Se le iluminaba la cara al pronunciar estas palabras.

Al llegar a la playa me preguntó, ¿te quieres quedar? No es necesario que te quedes. Me quedo, claro. Muy bien. El primero en bajar fue Cheques Pérez, luego mi vecino y al final yo. Cheques Pérez caminaba junto a su amo y yo unos pasos atrás. Recuerdo el brillo de la luna sobre las olas del mar, un búho pasó volando sobre nosotros. Su ulular fue como si algo hubiera roto la bóveda celeste y un montón de estrellitas estuvieran cayendo sobre el agua. Nos sentamos en silencio en la arena. De pronto, me miró, se acercó y me dio un beso húmedo y largo en la frente. *Tempus abire tibi est.* Gracias por tu compañía.

Mi vecino y Cheques Pérez caminaron rumbo al mar. Fueron dando pasos seguros hasta que el agua los cubrió por completo. *Tempus abire tibi est*, grité con lágrimas en los ojos, mientras agitaba la mano para despedirlos. Al terminar la historia me di cuenta de que mis ahijados ya se habían dormido. Estaban sonrientes con la cabeza hundida en la almohada. Seguro estarían teniendo sueños maravillosos, como los que tuve yo por esos días. Pasé el dorso de la mano por los ojos y suspiré.



Empezar este poema

Yamil Narchi Sadek

Empezar este poema
con un infinitivo
le da ese no sé qué
de La Poesía.

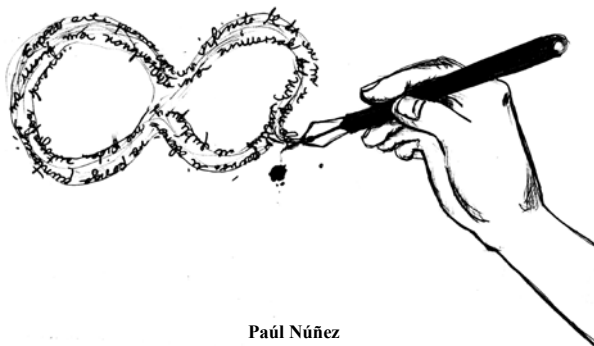
si además
no pongo puntuación
me siento más vanguardista
más universal

tal vez incluso se publique
y me pidan autógrafos
jitanjáforicos misteriosos
a esa amiga pasajera
que azul pedazo de la hora desasosiego
tralalí tralalá

debo incluir
estrofas irregulares
y frases que mezclen
campos semánticos
bujías del espíritu
para que ningún crítico
se oponga

nadie podrá decir
que no leí a los futuristas

¡Tan, tan!
puedo
tocar a la puerta de Gorostiza
y mecarme como naranja
en las barcas
de los futuros poetas
consagrados



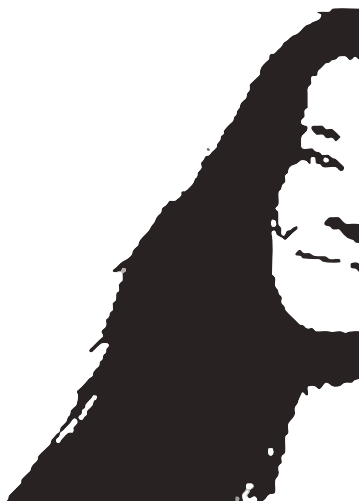
Paúl Núñez

Un estar que

Yamil Narchi Sadek

Un estar que
ondula y se quiebra
— la voz de Janis Joplin
como manto de frío
para la miseria
y un porro
porque perdimos las batallas
sin notar que el contrincante
había huido hace tiempo. —

Poner los sollozos
sobre el comal.
Cenar temprano.



Eduardo Caballero

Perro

Andrea Fischer

I

El sótano de mi vecina era un tema recurrente en las cavilaciones de mi perro callejero. Sí, era callejero. Un día decidió pararse afuera del solar de la casa de al lado, y la dueña de la casa sencillamente se rehusó a aceptar una maldición más del entorno. Las langostas se habían comido todos los frutos de su jardín: rosas, bulbos sin nombre. Arrasaron con todo. Después de eso se le escuchaba murmurar pasajes del Éxodo, y no salió más de su casa. Supongo que no tenía a dónde más ir: su marido se la había dejado al fallecer una tarde escurridiza durante las vacaciones de verano —de esas que huelen todavía a polen, porque mayo todavía no acaba, pero que ya saben más bien a sudor discreto y a ropa que se encoge hasta más arriba de las rodillas—, y tras su silencio, la propiedad se convirtió en blanco de guerra para las plagas. Un perro callejero era un preámbulo de otra más.

II

El perro se hizo mío porque así lo quise. Nunca lo adoptamos, pero ciertamente le dejábamos comida después de que se cansaba de aullarle a la puerta de la vecina. Siempre era igual. Llegaba al medio día y le ladraba unas cinco veces a intervalos cortos. Luego, como un barco de vapor, exhalaba tres aullidos guturales largos, y rodeaba la casa con paso lento hasta el jardín de atrás. Ahí rascaba la puerta del solar, que daba al sótano, hasta que la mujer salía enfurecida a asustarlo. Lo maldecía con proverbios polvosos, y el animal la miraba a los ojos unos segundos. Luego se paraba y se iba. A mí la vieja nunca me cayó bien, y el perro me daba lástima: era como ver a Caronte pidiéndole más almas a su superior sin obtener nunca respuesta. Además, nada me costaba soltarle las sobras de lo que habíamos comido el día anterior. Así fue durante los meses que sucedieron al verano posterior a la muerte de su marido.

III

Era común que una vez a la semana —los viernes, creo— que la hija de la vecina se apareciera durante la madrugada. Me daba cuenta porque la escuchaba estacionar una camioneta gigantesca afuera de mi casa a eso de las cinco de la mañana: era el rumor torcido de las llantas contra el pavimento deslavado, el motor que se apagaba y unos



Mediosoleado Sol

zapatos de tacón que se apresuraban hacia la puerta de madera a unos pasos de distancia. Alguna vez, por curiosidad, me asomé desde la ventana de la sala para ver cómo era la mujer. Alcancé a ver cómo entraba a la casa de su madre con la mirada sombría. Más de una vez, a la vieja se le olvidó apagar las velas que dejaba sobre la mesita de café que tenía en el jardín. Al llegar el viernes, la hija tomaba los restos de cera y se los llevaba consigo adentro de la casa. Quizá para tirarlos, quizá para guardarlos en una colección cada vez más grande de pedacería. Sin embargo, al amanecer de los demás días, los cabos de vela se amontonaban en la mesita del patio, como almas a punto de desvanecerse.

IV

El perro había dado su ronda general como lo hacía todos los días, a la misma hora. Cinco cortos y tres largos. Rascar la puerta del patio trasero. Aguardar a una distancia prudencial afuera de mi casa para que le diera las sobras. Masticar despacio. Marcharse en silencio. Me metí a la casa después de darle de comer, y unos minutos después, un gato de bigotes largos se sentó en el friso de la ventana de la sala. Me miró con los ojos bien abiertos, bien verdes, bien sabios, bien muertos. Luego se fue con el mismo sigilo que había aparecido. Más de noche escuché la sirena de una ambulancia aproximarse. Paramédicos agitados. Camillas que se azotaban contra el suelo. El raspar de ruedas chiquititas contra el pavimento. Un motor que se alejaba a toda velocidad. Luego, nuevamente el silencio, y los cabos de vela asentados permanecieron encendidos, como esperando a alguien que expiró.

V

El perro no se volvió a aparecer jamás. Unos meses después, por noviembre, la propiedad de la vieja se puso a la venta. Una familia más joven llegó a habitarla, con su propio perro y niños ruidosos. Extrañé mucho a la mascota que nunca tuve. Porque sí, el perro callejero fue lo más cercano que tuve a un animal presente con cierta periodicidad. El sótano de mi vecina se convirtió en cuarto de juegos para los hijos de los nuevos inquilinos. Los cabos de vela no volvieron a amontonarse en el patio nunca, y el jardín volvió a florecer con un aire distinto a la primavera siguiente. Entonces entendí que hay vigías silentes, que se aparecen, como alarmas discretas, sin que nos demos cuenta de por qué están ahí —luego se disuelven con la misma sutileza, y el aire se respira distinto.



Mediosoleado Sol

Ni bordado a mano

— Virginia Meade —

La calle donde vivo da hacia una avenida que tiene un camellón arbolado, cientos de arrayanes apretados lo delimitan; en medio hay un camino cubierto de tezontle rojo que trueno bajo los pies de las personas que disfrutaban recorrerlo. Los pájaros decidieron vivir en las copas de los árboles. Deben de ser muchos porque hasta mi casa llega el alboroto mañanero y al atardecer, cuando se cobijan en ellos, se despiden de quienes deseen escucharlos.

A mi edad resulta difícil levantarse, la mente quiere hacerlo, lucho contra el dolor y la resistencia del cuerpo para obedecerme. Así que cuando estoy en pie, camino. Al llegar a la esquina elijo ir hacia la derecha, es un trayecto más divertido: paso frente a escuela de música, luego puedo asomarme a la tienda donde venden productos orgánicos para comprar una golosina saludable y al salir rodeo los edificios de apartamentos. Ese tramo es difícil porque la banquetta es estrecha, solo una persona puede pasar, definiendo el espacio, de otra manera, tendría que caminar sobre piedras de río, así hasta llegar a la pastelería y luego la estética. Regreso sobre la avenida donde no hay nada interesante, un edificio de oficinas, la tintorería y, en la esquina, una casa poco atractiva, los muros blancos carecen de ventanas. A la primera planta, la remata la sencilla reja pintada de negro mate que aprisiona una terraza. Al dar la vuelta, continúa el muro y la entrada principal; la puerta es muy angosta de madera oscura y está entremetida bajo un arco, la protege una reja de hierro. Desde hace años nadie entra, nadie sale.

Una mañana, se estacionó frente a esta casa una camioneta de donde unos hombres bajaron trituradoras y entraron por la puerta angosta. El policía me dijo que fueron ocho horas de trabajo. Sacaron muchísimas bolsas de plástico que subieron al vehículo; abandonaron sobre la acera innumerables tiritas de papel.

Ése fue el inicio de una frenética actividad. Ya no era aburrido pasar por ahí. En el muro que da a la avenida abrieron un gran espacio donde colocaron una vidriera. A la vuelta, construyeron el acceso a lo que supuse sería una tienda, pero ¿de qué? Pintaron las paredes de rosa estridente y un toldo morado que anunciaba: Arte en bordado.

Poco a poco, detrás del aparador, aparecieron vestidos de primera comunión, ropones para bautizo y gorritos hechos de seda y primoroso encaje de bolillo, cenefas bordadas, delicadas coronas de flores, bandas de encaje y graciosas tiaras. Cada prenda tenía una etiqueta que las describía: botita de shantung con agujetas de listón blanco o beige, vestidos de tul y trajes de ceremonia, jubones de algodón, delicada paleta de colores.

A la entrada de la tienda, una campana colgaba de la puerta para avisar cuando alguien entraba. Pegados al cristal de la entrada se advertían varios anuncios: prohibido tomar fotografías, otro: no entrar con animales. Si lo toca, lo compra. No entran carriolas.

Un día, un hombre salió corriendo de la tienda, llevaba algo en la mano, tras él

apareció la dueña quien cargaba una escopeta, apuntándole, gritaba: ladrón, malnacido, ya verás cuando te alcance. Los únicos que estábamos en la calle nos quedamos petrificados. El señor que lava los autos estaba pálido, los brazos le temblaban sin control, tanto, que la esponja con la que estaba lavando chorreaba el agua jabonosa sobre su ropa; el policía que levanta la valla para que entren los autos a nuestra calle, se pegó a la puerta de la caseta como si quisiera hundirse en ella, los ojos y la boca los tenía abiertos. Yo sólo atiné a soltar mi bolsa. Después de lo que pareció una eternidad, sus gritos ya no se oían, pudimos movernos y acercarnos.

La mujer regresó caminando muy oronda, sujetaba el arma por la culata, la boca del cañón dirigida hacia el suelo, el otro brazo lo traía levantado, sujetaba un vestido de niña como si fuera una bandera. Nos sonrió triunfante y anunció:

—Ese tipo no regresará.

Al mediodía todos los vecinos estaban enterados. Se organizó una reunión de urgencia y el jefe del comité de vigilancia decidió platicar con la nueva vecina.

—Iré solo.

Esperamos en la puerta de la casa donde había sido la reunión y lo vimos entrar en la tienda, al mismo tiempo que la campana anunciaba su llegada. Después de unos quince minutos, nuestro campeón salió bufando.

—Es un horror de mujer, tiene un conflicto con la vida, me dijo que no nos metiéramos con ella, que nadie le va a enseñar cómo proteger su tienda.

Nos había caído una bomba encima.

Eran dos mujeres, madre e hija, las dueñas del negocio; su obsesión con la limpieza se convirtió en una molestia. A las 9 de la mañana, una de ellas salía con tremenda máquina sopladora para limpiar los dos frentes de la tienda. Las hojas y la basura volaban a las casas contiguas. Después, sacaban la hidro lavadora para terminar el trabajo; así que, entre la tierra y el agua, aquello era un cochinerero. Los afectados les reclamaron. Recibieron aireadas respuestas. Esto se convirtió en una batalla diaria. Los vecinos regresaban la basura; al día siguiente salían con su sopladora. La solución vino del policía, recogía los montones de basura y los entregaba al camión recolector. Cuando le pregunté por qué lo hacía me dijo que los gritos de la mujer le provocaban dolor de cabeza.

Nuestros roces vecinales parecieron insignificantes; el hecho de tener que lidiar con esta fuerza de la naturaleza provocó más cordialidad entre los demás. No se les permitía a los niños pasar enfrente de la tienda corriendo. Los dueños de los perros pasaban lo más rápido posible. Yo procuraba caminar con sigilo al pasar por ahí después de mi caminata matutina.

Si me encontraba con alguna de ellas, las saludaba con un escueto buenos días y ellas contestaban igual o medio sonreían. ¿Sería que se estaban calmando las aguas?

En la estética me contaron que habían visto a una de las señoras cachetear a un muchacho que había tomado una fotografía del aparador. Una de sus clientas se acercó para preguntar por un vestido, pero como estaban cerrando le dijeron que regresara al día siguiente.

¿Cómo era posible que pudieran bordar, coser y crear los vestidos con esa

finura y al mismo tiempo su trato fuera tan irritante? ¿Sería esa actividad la que contenía su furia?

Esta tarde no pude entrar con mi auto a la calle. Un par de cuadrillas de la delegación traían la orden de podar los árboles que estaban invadiendo los cables de luz y dos transformadores. Son árboles cincuentenarios: fresnos y jacarandas. Aunque era un espectáculo ver a los trabajadores cortar los gruesos troncos, para después bajarlos con cuidado, era evidente que tendríamos que esperar varios días para que llegara otra cuadrilla a recoger lo que habían cortado. A pesar de nuestras quejas, ellos contestaban: ¿qué quieren que hagamos? Así funciona.

Me asomé cuando me di cuenta de que se subían a las camionetas y salí para revisar la entrada a mi casa. Varios de los vecinos, jefes de familia también estaban fuera. De repente sale la dueña de la tienda y empieza a gritarles:

¿Ya van a terminar? No nos pueden dejar su tiradero. ¡Me quitan las ramas del frente de cada casa! porque si no se las aviento a la mitad de la calle. Pero ya, además arriba me echaron su basura. Bájenla. Me interesa un cacahuete que me diga que mañana pasa otra cuadrilla para limpiar y recoger. Ahorítita mismo lo hacen. No se van hasta que terminen todo.

Los trabajadores apilaron con maestría los troncos y varas. Dejaron los espacios libres de las entradas de cada casa, barrieron la entrada de su local. ¡Habrás visto!



La esposa inconforme

María Elena Sarmiento

Lees en una revista que Sócrates, en su juventud, intentó cumplir lo que se esperaba de él. Te enteras que era aprendiz de cantero, el oficio de su padre, y que había participado ya en una guerra, aunque no lo hizo como los demás. Tenía la costumbre, por ejemplo, de escuchar con atención a su daimon. Cuando le hablaba, nuestro filósofo suspendía lo que estuviera haciendo y se quedaba estático. En plena batalla lo escuchó un día y, como siempre, se quedó quieto. Los demás combatientes poco a poco detuvieron su lucha para no lastimarlo. Un sujeto en ese estado de meditación y quietud impone respeto a casi todos, sobre todo después de que el Oráculo de Delfos lo había nombrado el hombre más sabio de Atenas.

Resulta que Sócrates se casó con Jantipa, la irascible. Al principio, te extrañas de que un pensador tan sabio haya elegido una mujer tan enojona para compartir su vida, pero conforme sigues leyendo, te preguntas qué hubieras hecho tú con un marido como aquel.

Sócrates inventó la Mayéutica que consistía, según él, en hacer parir a las almas. Por eso, insistía en que él no les enseñaba nada a sus discípulos, sino que sólo les ayudaba a sacar a la luz sus mejores pensamientos. Ni siquiera les permitía llamarle maestro. Por tal motivo, no cobraba.

Las mujeres de la Atenas de ese tiempo no podían trabajar. Ni siquiera era bien visto que salieran solas a la calle. ¿Qué harías tú con un esposo que no te lleva el sustento a la casa y que encima toma una segunda mujer para repoblar la patria que se había quedado sin varones por tantas guerras?

Al continuar tu lectura, te imaginas a Jantipa desesperada, caminando en el calor del verano para conseguir el agua que había que traer de la fuente que abastecía su barrio cuando encuentra a su filósofo cónyuge discurriendo a la sombra de los olivos.

Lees la escena que la autora ha sacado de uno de los diálogos de Platón: el momento en el que Jantipa confronta a su marido:

—Necesito diez dracmas por lo menos. ¡Ahora! —vociferó mientras pensaba que Sócrates probablemente no traería encima ni un óbolo y alguien más tendría que sacar las monedas. Todos la miraron como cosa rara por unos momentos y luego continuaron con la conversación—. Sócrates, no tenemos qué comer. No me voy a ir de aquí hasta que alguien me dé por lo menos diez dracmas.

Platón se levantó de donde estaba sentado, cerca de Sócrates.

—Mujer, ¿cómo te atreves a molestar al gran pensador con un asunto tan anodino como el dinero?

—Lo que quiero es el dinero —alegó Jantipa dejando una de las cubetas en el pasto. Estuvo a punto de preguntar qué era anodino, pero no quería perder de vista su objetivo—. Sócrates, consígueme el dinero.

El viejo alzó los hombros y ladeó la cabeza en un gesto de impotencia que hizo que su mujer perdiera la paciencia.

—¡Desobligado! ¡Irresponsable!

Sócrates sonrió a un lado y al otro con una mirada cómplice con sus alumnos que ofendió a Jantipa más que cualquier palabra que hubiera podido decir, pero luego, recapacitando, se levantó, dio unos pasos hacia su mujer y empezó a hablar en un tono doctoral:

—Jantipa, la mesura no es una de tus cualidades —iba a continuar disertando, pero se quedó estático, con los brazos en alto, como si siguiera dirigiéndose a una multitud.

Al cabo de un momento de silencio, Critón exclamó:

—Su daimon le está hablando. Silencio, para que lo pueda escuchar.

—Qué daimon ni qué daimon —prorrumpió Jantipa enfurecida—.

Ese dios que te habla sólo es un pretexto para no cumplir con tus obligaciones. ¡Necesito el dinero!

Sócrates seguía estático, en la misma posición, con la boca un poco abierta y sin siquiera parpadear.

—¡Silencio! —exigió Platón—. ¿No ves que estás interrumpiendo al partero de almas?

—¿Me vas a conseguir los diez dracmas o no? —chilló Jantipa en el tono más alto que jamás nadie le hubiera escuchado.

Sócrates seguía impassible. Fuera de sí, Jantipa caminó unos pasos hacia su marido y le arrojó toda el agua que llevaba en la cubeta.

Te da un poco de risa la situación. Hubo una mujer que se atrevió a mojar al más sabio de Atenas. Cierras la revista. Te vas a dormir. Miras al hombre que tienes cerca.



Paúl Núñez

Fortunato

Parte I: El personaje

Enrique Héctor González

Cobijado por el mapa irregular de las visitas que recibía constantemente, el abuelo se hundía en la cordillera de colchas y sarapes que se echaba encima para dormir a sus anchas catorce horas diarias. No he conocido nunca un hombre más huevón que yo —solía decir, sin duda con razón. Dueño de una miscelánea que el devenir hizo crecer y demacrarse a intervalos igualmente constantes, nunca se prostituyó en un empleo fijo, ni se hizo millonario, ni su ilustre pasado de fundador del PRI (Cuando se llamaba PNR, pero tú de eso qué puedes saber, cabrón, si todo lo que conoces lo has aprendido en libros) o su amistad sobrevalorada con el Gral. Cárdenas, Lupe Zuno y otros sinuosos duendes de la grilla nacional, sublimaron lo suficiente sus dos modestos alcances políticos: el de haber sido designado interventor de la empresa de electricidad Villanueva y Cía.; y el de postularse como candidato a diputado suplente (postulación que perdió, en una época en la que el PRI no soltaba ni el más remoto municipio), lo que lo obligó para sobrevivir con su chorrall de huérfanos de madre a matar puercos los fines de semana y a buscar suerte en el Hipódromo de las Américas, donde don Nato era más conocido que Los Bukis en Los Mochis.

Tenía carisma el viejo y eso hacía soportable su genio telúrico y los sistemáticos abusos de confianza con que atropellaba la vida acidulada de sus hijos y nietos. A ver María —frase con la que acostumbraba introducir una tarea desquiciada—, dile a alguno de tus defectos que me venga a dar una friega con el frescapié, que tengo hinchadas las pantorrillas. Pero papá, replicaba mi madre, si ya le pusimos alcohol y lo que tiene no es más que un poco de resequead en las piernas. ¡Ah, entonces yo pendejo!, respondía en el acto, déjenme pues aquí y ándenle ya a su casa; yo me puedo poner esa cosa sin andar pidiendo favores. Y ahí tenía uno a mi jefa mandándonos a buscar el frasco, mientras ella misma le subía la pierna de marras al descansapiés del reposet para untarle la medicina. Si el chantaje funcionaba a la perfección en casi todos los casos, algunos de nosotros —inquietos, cabrones, un poco hartos de sus caprichos— nos cobrábamos a nuestro modo tanta despótica crianza en la sumisión a Papacito, como los nietos teníamos que llamar al abuelo, por orden de nuestras madres, cuando al llegar a su casa lo saludábamos con un beso en la mano. Yo algunas veces, por ejemplo, sacaba la lengua justo cuando ese dorso de piel arrugada y lunarienta se acercaba a mi boca, aunque dejárselo lengüeteado significara asimismo quedarse con un sabor a sal y a vinagre en la lengua (ese olor petrificado por la edad en la piel de algunos viejos, una tibia salinidad levemente apestosa), cuando no con el madrazo rápido y certero con que el abuelo nos enrojecía la nariz al son de su ¡Ah carajo, pinche mano, como que se me suelta sin querer,

perdóname hijo!

Durante buena parte de su última existencia yo fui uno de los más asiduos acompañantes del viejo, cuando aún no perdía la graciosa espontaneidad que hacía soportable su carácter dócil al encabronamiento súbito por un mal partido de su equipo, el Guadalajara. Apágale ahí, ordenaba en tal caso, sin importarle que el juego no hubiera terminado, y uno tenía que resignarse al corte de la transmisión desconociendo el marcador final. A mí no me salgan con chingaderas, esos juegos ya están arreglados, pinches árbitros, quieren darle a uno atole con el dedo, y remojaba el suyo en un vaso de agua (para probar la temperatura), antes de dejar caer en él su dentadura sarrosa, seña inequívoca de que se iba a roncar para ahogar la decepción.

Ya en la última etapa del lento cáncer que postró su próstata hacia el final de sus días, no era muy agradable visitarlo, pues la chispa natural de las ocurrencias de antaño había sucumbido también al impecable avance de la enfermedad. Se hacía cuidar noche a noche por una de sus diecisiete hijas (si por alguna razón, que seguramente no dependía de ella —casi todas eran casadas—, la misma mujer lo cuidaba dos noches seguidas, Fortunato reventaba en improprios lacrimosos que aderezaban la incómoda velada), se impacientaba con el menor ruido y toda ventana abierta, toda cortina descorrida, potenciaban su paranoia hasta límites inconcebibles: se sentía vigilado

por echeverristas que nunca lo quisieron o por emisarios de muertes debidas hacía por lo menos sesenta años. Si te digo que éstos nomás esperan que me quede atiriciado para mandarme tronar, ciérrale a ese vidrio, muchacho. Luego venía el ritual de las ánimas: oscuros rezos susurrados a espíritus que lo visitaban, que escalaban el cerro de cobijas y edredones con que consentía su friolenta hipocondría, almas de sus fieles difuntos cuyo peso clarito sentía todas las noches, así que las conjuraba levantando las manos como alas de paloma fulminada y dejándolas caer a los lados, sobre el pecho, para levantarlas después en círculo y despeñarlas de nuevo sobre las telas que lo cubrían.

Pero cuando aún estaba sano o, más bien, cuando la minuciosa red de sus achaques todavía no arrasaba con su ácido humor y era posible escucharlo decir a mí las calaveras me pelan los dientes, resultaban conmovedores ciertos gestos, como los besos rasposos en la cara luego de arrepentirse de habernos regañado injustamente, o la calma con que seleccionaba frutas en el mercado. En esos momentos incluso sus berrinches y disgustos se dulcificaban, contagiados por una graciosa rusticidad, como cuando le gritó al chofer de un camión que manejaba con la negligencia característica de esos cafres, que llevaba personas y no una carretada de calabazas en el autobús. La gente rio de buena gana (incluido el mismo conductor), creándose esa magia inesperada que a veces rayaba en ráfagas ubérrimas de encanto compartido.

Pero el día que me mandó a comprar el Ovaciones para cerciorarse de que el caballo de mi tío Rubén había perdido por veinte largos, me regañó malhumorado, como si yo fuera el culpable de que Concho Barría fuera mejor

jinete que Miguel Contreras y de que las apuestas favorecieran muy poco al tordillo entrenado por el hermano de mi madre. Todas las tardes que uno fuera a visitarlo –y un mal más que visible lo hubiera condenado a guardar cama e impedido cumplir con su única obligación vespertina (Es que tengo que ir al hipódromo, ¿no me entienden?)– podía oírlo despotricar contra todo y sin motivo alguno, pero una derrota –y triple– de la estirpe, a saber, de su bien ganado tino apostador, de la calidad de su hijo como entrenador hípico y de la dudosa capacidad del nieto como jockey, lo dejaba tan fuera de sí que el descargo caía contra el primero que fuera a saludarlo esa tarde –o sea yo. Esa noche me hizo leerle tres veces la noticia, maldijo a toda la tribu periodística de México y dejó dicho por teléfono en casa de todas sus hijas –y de sus tres nueras– que esa semana no estaba para nadie. Como el recadero oficial era yo, fue a mí al que correspondió la cagotiza generalizada por haberlo hecho enojar, pues no hubo quien estuviera dispuesto a reclamarle directamente a él su negativa de recibir a persona alguna que no fuera Adelina, la chava que trapeaba la casa y le hacía los mandados.

Hay que decir que el orgullo de familia –como ocurre en muchos clanes mexicanos de medio pelo– era institucional en la de don Nato, importando muy poco que su ilustre prosapia procediera de un pueblo fodongo enclavado entre Michoacán y Jalisco. Hablar de Valle de Juárez significaba, en el ánimo de cualquiera de los Contreras, lo mismo que de La Meca para todo beduino obediente a la voz de Mahoma, así que, a pesar de la irracionalidad, no era incomprensible la actitud del Patriarca. Yo debí haber entendido que su espíritu de casta había recibido un duro golpe, pero la consideración no me abarcaba, pues no solo me vi condenado a hacerle compañía durante las noches siguientes a su convalecencia moral, sino que además devine mensajero subrepticio de remedios telefónicos y regaños de toda índole. No me es digno presentarme como víctima vapuleada por los dos bandos, pero era frecuente recibir una instrucción –en mi calidad de hijo o de sobrino– para hacer tragar al viejo sus tónicos contra la diabetes, y afrontar –con la docilidad de todo nieto caguengue– su humor morado cada que le acercaba una pastilla o un vaso con pócimas efervescentes. Así que lo extraño sería que no hubiera pasado alguna vez por mi cabeza, a la luz de los efluvios de cierta humillación, la idea de envenenar a Papacito Nato.

Sin embargo, otra virtud que yo admiraba mucho en él (aparte de la cobardía adolescente) me impediría administrarle alguna sobredosis letal de la miscelánea medicamentosa que ingería: su excelente memoria, capaz de guardar los tantos obtenidos en una mano de dominó casi sin necesidad de observar las fichas. Ahora yo creo que inventaba mucho de lo que decía recordar; sea como fuere, contaba innumerables anécdotas –verdaderas y apócrifas– que todos en la familia conocemos tan bien que hoy en día nos basta decir, por ejemplo, ya estás como la finada Lucrecia o te quedaste como Najerita para reconocer en estas frases un guiño al abuelo a través de los numerosos chismes que repetía hasta el cansancio.

El día que lo iba a ayudar a bien morir –visto que su sufrimiento canceroso era terminal e irremediable y que, debido a ello, no había la menor esperanza de que su antigua chocarrería, su cachondo espíritu burlesco y sádico resurgiera en su carácter descascarado por la edad y el dolor– me quedé a dormir con él, como a menudo sucedía. No cargaba esa vez mi grabadora para registrar sus ocurrencias y su mal humor de los últimos tiempos, de modo que lamenté vivamente que la historia que esa noche me contó (y que, por extraño que parezca, yo no había oído jamás) solo sea dócil hoy a lo que recuerdo de ella, pues me tomó por sorpresa que un hombre de más de noventa y devastado por el rigor de la pudrición de su próstata, tuviera todavía algo nuevo que contar. La escribo –toda proporción guardada– como Borges escribía las suyas, es decir, pretendiendo que el lector creará que la dosis de invención literaria invadirá de tal modo el relato, que lo que lee pertenece más a la veleidosa memoria del juglar que al hecho tal cual ocurrió. En este caso, sólo falsifiqué la manera, usurpando una forma de decir que no era la del abuelo ni mucho menos, lo que lamentablemente solo pueden comprobar quienes lo conocieron. La historia, que me parece inédita, tal vez la supo alguien más en la familia, pero como dudo que en ella alguien haya tomado alguna vez la pluma para no escribir listas del súper o números incomprensibles, es difícil que haya sido escrita, dado que los protagonistas han muerto. De cualquier modo, su originalidad no es tal que rebase –como ha escrito el mismo Borges– las seis o siete cosas que estamos destinados a referir, los unos cuantos temas de los que jamás saldremos mientras sigamos siendo la especie de seres que somos.



Paúl Núñez

Entrecuento 1

Cecilia Durán Mena

Aquella noche tuve uno de esos sueños que tienen vista periférica. Uno de esos en los que todo aparece como lo vería una gaviota que sobrevuela la bahía. Como lo vería un zopilote que va volando muy alto y entonces alcanzara a ver todo, pero no pudiera ver muchos detalles. Por eso, no me detuve a ver las dos manchas diminutas que iban avanzando entre las olas del mar. Por eso y también porque trataba de identificar la playa, no lograba saber de qué lugar se trataba.

Veo que la playa está vacía a pesar de que el termómetro que marca veintiocho grados centígrados. Imagino que son poco más de las siete de la mañana, aunque el sol ya salió por completo y brilla por todo lo alto. Los bares y restaurantes que se adivinan a la vera del mar están totalmente desmantelados. La silla del salvavidas está abandonada. Hay un letrero que tiene signos que no puedo leer. Aproximo la visión, aumento la imagen de ese anuncio distante, como cuando enfocas un par de binoculares y me doy cuenta de que tengo poderes de vista espectaculares: los ojos funcionan como prismáticos. Puedo provocar un efecto de estereoscopia por lo que me resulta muy cómodo apreciar los objetos sin importar la distancia. 泳げることを禁じられている.

Desde luego, uno de los efectos positivos del escenario onírico es que puedes interpretar cualquier tipo de signos, aunque no domines el idioma en el que están escritos. 泳げることを禁じられている quiere decir: prohibido nadar en japonés. Es Tokio, me gustaría ir a Tokio dice mi parte consciente que se entremete en el sueño. No puedes dejar de ver Tokio, anótalo en tu lista de sueños. Una voz que viene del mar me explica que después del primero de septiembre está prohibido nadar. Las autoridades sacan a los salvavidas de sus puestos de vigilancia y los tokiotas no se atreven a violar la ley. Por eso, aunque el sol es brillante y la temperatura es agradable, no hay un alma que quiera meterse al mar.

Por eso, porque son dóciles a la autoridad y no se atreven a desafiarla. Sólo un bárbaro sería tan tonto como para no tener en cuenta el comportamiento correcto que se ha establecido a través de generaciones por un amplio consenso. La voz me explica que la mayoría de los japoneses son muy conscientes de las cuatro estaciones y lo que es apropiado para cada temporada. Japón opera a través de estrictas normas sociales para lograr su notable cohesión social y que esta es, en gran parte, la razón de que este país de Oriente sea un lugar agradable para vivir. Muy enciclopédico, comento. Fíjate, continua la voz que poco a poco quiero empezar a reconocer: no hay papeleros en las playas, ni en las calles. En general, los japoneses andan con su basura y la botan en sus casas. Ahí tienes sólo un ejemplo de los beneficios positivos de esta cohesión, para que veas que no soy tan enciclopédico.

Ese es el poder de una Kata. カタ los signos japoneses de kata se dibujan en las nubes y a mí me parece de lo más normal. Kata es base a las artes tradicionales, como el karate o la ceremonia del té, los japoneses aprenden una variedad de esquemas o formas apropiadas de comportamiento para una variedad de situaciones que se aplican en la vida cotidiana, dice la voz que viene de mar. No ir a las playas después del 1 de septiembre o el cambiar a mangas cortas el 1 de abril puede ser un ejemplo de un kata. ¿Entiendes? La voz sabe que quiero decir que sí.

Trato de aproximar la imagen de los sitios en los que creo que está el origen de la voz, pero no veo más que nubes con signos japoneses, una playa desierta, rayos de sol que se transforman en los siete colores del arco iris. Casi podría decir que alcanzo a ver las ondas sonoras, pero no a quien las emite. Yo, como soy un simple Gaijin 外人 me puedo dar los lujos que los locales ni siquiera se imaginan que pueden darse. Esa voz, esa voz. Ser extranjero tiene sus ventajas, ¿lo sabes, verdad? ¿En serio? ¿Cuáles ventajas? Me ignora y sigue con su secuencia de pensamiento. La kata tiene sus razones, no creas que no. A esas alturas la voz y yo teníamos una conversación bastante fluida. Bueno, conversación es un decir. La voz hablaba y yo la escuchaba. La voz sabe que la escucho.

Hay otra razón por la que los japoneses dicen que no nadan en el océano después del uno de septiembre, míralas. Ajusto la mirada prismática. Veo unas bolsitas casi transparentes que tienen una cauda muy similar a un hilo, más bien a un estambre. Avanzan en el agua, se impulsan con contracciones rítmicas; toman agua, que se introduce en su cavidad gastrovascular y la expulsan, usándola como propulsor: medusas. En Japón, hay una firme creencia que las medusas vendrán y te llevarán después de Obon お盆, es la festividad en la que celebra el culto a los antepasados. ¿De los muertos?, le pregunto por fin. Sí, de los muertos. Por eso no vienen a la playa después de Obon. Nadie viene después de esa fecha. Creen que los espíritus de los muertos nos ahogarían.

Reconozco la voz. ¡Ay, qué dices! ¿Estás muerto? No, yo no me puedo morir. ¿Y Cheques Pérez? Es mi compañero, morirá cuando me lo pida, pero mientras me quiera seguir acompañado, aquí seguirá. ¿Verdad, amigo? Escucho un estruendo que parece un gran ladrido. Las manchas llegan a la playa. Trato de acercar la imagen para verlos mejor, sin embargo, esas imágenes las veo borrosas. De todas formas, puedo distinguir que están a punto de tocar la arena de la playa.

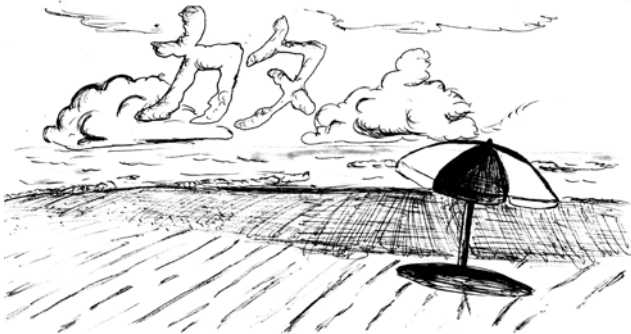
Los veo. Es él y Cheques Pérez va a su lado. Tan pronto tocaron tierra El Mago y su perro bernés, comenzó a temblar. El sismo provocó un gran tsunami que venía poblado de gatos de todos colores. Las ratas que habitan Tokio sintieron una gran angustia. En su desesperación, muchas se tiraron al mar y fueron a dar a París. Por eso es por lo que los basureros de la Ciudad Luz están plagados de roedores que tienen los ojos en forma de almendra.

Te estoy escuchando, dije por no dejar. Estoy acá. Lo vi sacudiendo los brazos en forma de saludos. Te ofrezco una disculpa por los inconvenientes

que puedas pasar. Ya llegué. No te preocupes. Quédate tranquila. Vine acá para descansar.

Desperté. Abri los ojos para ver la Bahía de Santa Lucía. Acapulco en calma. Yo con un dolor de espalda fuerte, como si hubiera estado agitando los brazos, como si hubiera volado sin haber hecho calentamiento y eso me hubiera desgarrado los músculos. Suena la alarma del teléfono celular. Terremoto en Tokio. Gran Tsunami. Agito la cabeza. Ahora sí estoy despierta. Llega un mensaje de Whatsapp: Tempus abire tibi est.

Claro, no podía ser de otra manera.



Paúl Núñez



Berlín, mayo 2017, Pamela Linette



Islandia, mayo 2017, Pamela Linette



Astarté(re), **Juan Machín**



Sin título, **Alessandra de Zaldo**



Sin título, **Alessandra de Zaldo**

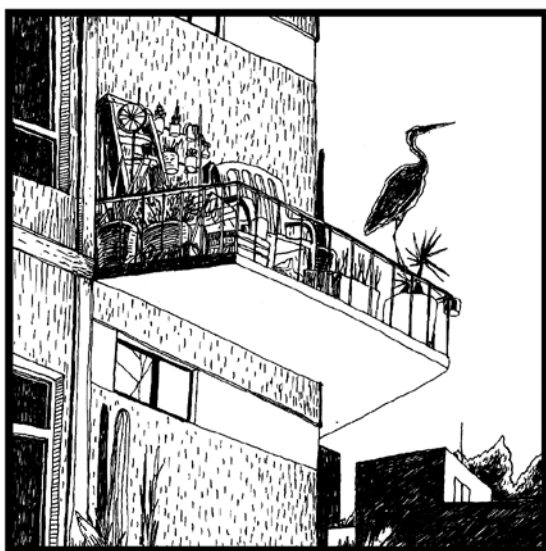


Eros, **Salvador Ballet**



POLILLAS

Polillas, **Santiago Moyao**



BEAUTIFUL PLACES

Garza, **Santiago Moyao**



Lentes I, **Fernanda Merino**



Lentes II, **Fernanda Merino**

La vuelta

Francisco Duarte Cué

El Rafa anda golpeado de calor y por eso me tocó venir. No es que no me guste, pero como que ya lo he hecho mucho tiempo y ahora me aburre; pero, pues, un peso es un peso.

El negocio no es del todo complicado. Estrella, mi sobrina, pesca a los clientes en la acera, los trae al restaurante y, mientras se comen algo, los convencemos de dar un paseo en lancha por las islas que están cerca.

Así ganamos todos incluyendo a don Leobaldo que es el dueño de restorán y a quien le debemos el negocio, porque la verdad fue a él a quien se le ocurrió lo de las lanchas y hasta nos prestó para el enganche.

Normalmente los clientes llegan por la calle de donde los deja el camión, pero estos llegaron por la playa y se metieron al restaurante como si ya supieran a lo que iban:

—Ramiro...

—Para servirle.

Me dijeron, con ciertos trabajos, que querían hacer el recorrido de la lancha pero que no querían esperar:

—Tendría que cobrarles algo más, para que la lancha fuera sólo para ustedes...

Estuvieron de acuerdo.

Zarpamos de inmediato. Hicimos los primeros 45 minutos de recorrido y llegamos al muelle del islote: ahí los dejé un rato para que descansaran y tomaran el sol. Era muy temprano y había poca gente. Me dijeron que estaba bien pues buscaban tranquilidad, al menos, por un rato.

Quedamos en que regresaría por ellos en una hora pero me dijeron que mejor por la tarde antes de varar la lancha; ellos cubrirían los gastos necesarios.

Hice más recorridos a las horas normales. Como a las 5 regresé por ellos. No estaban. Dejaron una bolsa de plástico con dinero y una tarjeta que decía "Gracias".

Di parte a la autoridad en la playa...nunca dimos con ellos.



Eduardo Caballero

La noche del 2 de abril de 1985

Luz del Carmen Ledesma Juárez

La noche del lunes 2 de abril de 1985, el amargo cántico de la gente del tren desprendía una tristeza más ulcerante que de costumbre. El enfermizo sabor a esperanza emponzoñada parecía podírseles en la boca, y la niña del segundo vagón no dejaba de llorar. La cólera se asomaba de repente en algún arrebatado desesperado por ahuyentar a las moscas de la piel infectada, y todos parecían sofocarse entre los hedores de su propia agonía nauseabunda. La tristeza, el llanto de la niña y el chirrido de los rieles iban hilando el eco lastimoso de la gente del tren.

En el segundo vagón, una madre quebradiza estrechaba en silencio a un bulto flácido y cadavérico contra su pecho. Se mecía resignada intentando no perder el equilibrio con cada movimiento del tren, y en cada curva miraba hacia arriba, se aferraba a la niña y derramaba una plegaria moribunda y pusilánime. Como si con cada viraje la muerte se le enterrara en la garganta y le estrujara las cuerdas vocales hasta hacerla proferir “en la siguiente curva, en la siguiente curva, en la siguiente curva”.

Trapos y cobijas envilecidas, hediondas y grasientas envolvían los huesos descarnados y malolientes que tenían muy poco de niña. La piel morena carcomida se le iba calcinando con el frío del sudor que se filtraba por las costras. Pero la niña no dejaba de llorar. Y con el paso de las horas, todos se fueron hundiendo con ella en ese llanto desgarradoramente aterrador. Era como si el alma se le coagulara con cada lágrima y le doliera, y seguía llorando, y seguía llorando y le dolía.

Para las últimas horas de la noche, el vacío que anidaba en su estómago ya le había hecho metástasis en los pulmones, le infestaba la sangre y todo ese veneno le fue pudriendo hasta los ojos. La madre, sin saberlo, en ese ahuyentar de las moscas de las pestañas de la niña, se iba impregnando con la pestilencia de su

ineptitud. Y la niña iba perdiendo latidos y la madre iba ganando podredumbre; y la niña aire, y la madre madera para su cruz. Entonces, la niña dejó de llorar.

El amargo cántico de la gente del tren cesó, sus manos se iban convenciendo de que el escozor de las moscas sobre las heridas era preferible a gastar energía ahuyentándolas, y la madre no dejaba de llorar. A poca distancia, la angustia de un niño lo obligaba a morderse el labio roñoso mientras imploraba en silencio que a la muerte sólo le gustaran los niños de brazos, y lloraba.

Su padre anémico lo abrazaba y comparaba su propia impotencia con la de la madre pútrida, y lloraba. El silencio de la madrugada del martes 3 de abril de 1985 sangraba más que de costumbre. Y en medio del eco desolado de la madre cuarteando los ojos de la gente del tren, alguien murmuró “tiene que soltarla”. “En la siguiente curva” respondieron, “en la siguiente curva”.



Eduardo Caballero

Buceo literario

Daniel Campodónico

Estábamos todos en silencio, yo, miraba la copa de grapamiel... y me recordaba el frío que hacía afuera; vos, tenías la vista perdida en mis ojos, dulces de licor; y sentados en una mesa tres niños pequeños devoraban muzzarelas, haciendo uso de sus manos, enchastrándose el pantalón, limpiándose la boca con sus mangas y chupándose los dedos, mientras sus padres discutían afuera.

En ese momento, entró ella al bar. Traía consigo una cartuchera de lata, con muchos lápices de colores y varios papelitos sueltos; pasó con toda su adolescencia junto a nosotros. Yo levanté la vista, vos te prendiste un cigarro; me llamó la atención esa flor roja que le prendía en el pelo a la altura de la sien y la seguí con la mirada. Vi cuando se sentó en una mesa, aislada, abrió su latita, y comenzaron a surgir palabras. Yo apuré el trago, vos fumabas, y los niños seguían a sus anchas cuando le hice la seña al mozo, pa' que me traiga otra grapa:

—¿Por qué camina usted así? —le preguntaste.
—Para no pisarlas —respondió encogiéndose de hombros y recién ahí notamos, que había palabras regadas por todo el suelo, hasta la altura del tobillo.

Observé a los padres, que seguían discutiendo afuera, mientras los niños chapoteaban en un mar de letras. Tú apagaste el cigarro, yo me agaché para tocar el agua, y allí viste por encima de mi hombro cómo emanaban las palabras, se escurrían por la mesa de la muchacha y ya las teníamos por la cintura cuando me terminé la grapa. Los padres entraron con las palabras por el pecho, las iban apartando con sus manos y braceando al avanzar llegaron donde los niños; pasó una muzzarela flotando; jugaban una guerrilla de agua locos de la vida. Pero a vos te molestó, porque ya no podías fumar. Claro, es que a esa altura los dos flotábamos, si yo, para terminarme la grapa, tuve que bucear. El trago se me había quedado abajo y logré sacarlo a flote mientras que el mozo, arrodillado sobre la más alta estantería, de cara contra el techo se niega a traerme la cuenta, insiste en que no las quiere pisar... y ella cierra su latita, todos caemos, dejamos de flotar, la poetisa se retira, se despalabró el bar.



Mis yoes

Daniel Campodónico

Lo estoy esperando agazapado tras este muro, porque sé que va a pasar por acá. Lo sé porque lo estuve siguiendo y allí viene: Viste como yo, camina como yo, habla como yo; pero no soy yo. Aunque nadie nos distinga, ése no soy yo y apenas pasa junto al muro me pongo de pie y lo encaro. Él no puede creer lo que ve, intenta decir algo, pero no le doy tiempo, de inmediato clavo la afilada hoja en su cuello y corro asustado, ya que, por un momento, creí sentir esa puñalada en mi propio cuello y mientras corro, lo espeso de la sangre baja por mi garganta; toso; y solo para cerciorarme toco mi yugular: estoy sano. Tiro el cuchillo en un basurero y sigo a pie hasta llegar a casa.

Allí entré en silencio, no quería molestarla. Fui hasta su cuarto y la vi, sentada en su silla mirando nada; de espaldas a mí.

—¡Papi, papi... volviste! (Si yo no hablé... ¿cómo supo que era yo?, habrá sido por mi olor... el sonido de mis pasos; ¿tanto así me conoce?) y corrí a abrazarme.

—¿Me trajiste los dulces que me prometiste?

—No... Discúlpame, con tanto apuro se me olvidó —le dije mientras pensaba: (Ese desgraciado le prometió dulces, ¿qué más le habrá prometido? Espero que no haya sido como el otro, aquel otro, el primero que he matado de una larga lista. Aquel la lastimaba, era el peor de todos y por eso, lo arrastré con rabia hasta el bote y lo arrojé allá... en medio de aquel lago profundo; con mucho peso y aún vivo, para que sufra).

Sí, el primero fue por venganza y el resto, sólo por perfeccionamiento.

Recuerdo el sabor del agua salada entrando por mis narices, recuerdo la desesperación y todo a mi alrededor... se puso negro; casi muero en el bote aquel día, pero yo sobreviví, y él no. Al llegar a casa, mojado aún, la encontré como era habitual: escuchando la radio y al correr hacia mí, pobrecita, pechó un mueble que aquel mal hombre había dejado en el camino, yo corrí hacia ella y la tomé en brazos, la alcé, la puse contra mi pecho y viendo lo blanco de sus ojos le dije:

—Otra vez me olvidé de traerte los dulces, pero ya voy a buscarlos, vuelvo en seguida.

Y salgo tan rápido de casa, tan apurado voy, que no me doy cuenta de que alguien me está siguiendo; pero sí noto el plomo entrando por mis espaldas, y al escuchar el segundo disparo, caigo de rodillas y logro girar, para ver a mi asesino corriendo, dando grandes ancadas casi sin mover los brazos... tal y como lo hago yo. (Tal vez sea mejor así), pensé, (tal vez él recuerde llevarle dulces, a mi pobre niña ciega).



Mozart y María Antonieta

Ezequiel Caminiti

María Antonieta conoció a Mozart cuando éste era infante y prodigioso, en una velada en Viena.

El delfín no era siquiera promesa y ella no era conocida como Madame Déficit.

El hecho es que Mozart, terminada su interpretación en el clavecín, se levantó y tropezó, ante el estupor de los presentes. Había un vacío social para tal convención.

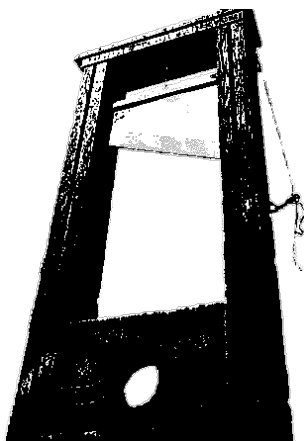
La pequeña María, desconociendo la etiqueta, ayudó a levantarlo, y Mozart juró desposarla.

La historia es harto conocida; la revolución, el enjuiciamiento, la fuga fracasada de Varenne por parte del sueco Alex Fersen, los celos del rey; el fracaso.

El mediodía del dieciséis de octubre del 93' subió al cadalso.

¿Habrá pensado, acaso fugazmente, con el frío metal sobre su cuello y el grito de Robespierre al pueblo, en aquel episodio nimio que habría cambiado no sólo el destino de ambos, sino el de la humanidad toda?

Quizá en la eternidad, caprichosa y múltiple se encuentren, para mejor sino.



Juego de naipes

Ezequiel Caminiti

En una habitación famélica yacía una mesa que la ocupaba casi por entero. En ella, cuatro hombres barajaban turnadamente unos naipes descoloridos.

Uno de ellos retiró la silla y se marchó trémulo por una puerta lateral. Detrás de ésta se oían gritos, y al entreabrirse se vieron sombras anaranjadas.

Al ver que no volvía, un segundo intrépido se eyectó, reprobó a todos con la mirada y salió raudo por la misma puerta que el anterior.

Los dos que quedaban sabían que eran los próximos. Uno era timorato, el otro un pícaro, que no se movería sino hasta el final.

Un curioso murmullo provino del aposento inmediato; luego un zumbido leve y posterior estruendo. Allí salió el timorato, reptando de la deuda a la puerta.

El último de la partida sabía que era el siguiente, así que no dilató más la situación. Recontó los porotos y se hizo de los pesos arrugados. Se alisó el cabello y se secó el sudor de la frente. Miró el reloj y se abotonó el saco, mientras tomó el pomo del picaporte. Se asomó curiosamente y tembló, pero era demasiado tarde.

Se internó a las sombras semovientes de gritos plañideros.

La luz de la habitación, con sus sillas vacías y tibias, quedó encendida. El reloj, que hasta ese momento fue impertérrito, se detuvo de una vez y para siempre a las once y cincuenta minutos de un abril del 78'.



Eduardo Caballero

Papel perfumado

Enrique Garza

Margarita disfruta mucho estar en la cocina. No tanto por las actividades culinarias propias de ese espacio sino por la vieja mesa de madera que domina el lugar. La magnífica iluminación hacía de ésta el lugar ideal para sus actividades predilectas: juegos de cartas, escribir versos, cuentos divertidos y largas misivas dirigidas a personajes de su propia inventiva. Nada la entretenía más que imaginar situaciones, poner un epígrafe en la parte superior de la hoja, adornar con pequeños dibujos los márgenes, perfumar el papel y al doblarlo poner a secar pétalos de flores.

Una vez que introducía la epístola al sobre lo cerraba con saliva. Escribía una dirección ficticia, colocaba un timbre postal con mucho cuidado para que estuviera derecho y guardaba la carta en el cajón junto a las muchas otras que había escrito.

Sobre una repisa descansa una grabadora junto a una fila de casetes: Sarah Vaughan, Nina Simone, Etta James, Van Morrison, Tim Buckley, Joni Mitchell. La música acompaña sus largas horas frente a la mesa, era un bálsamo para su alma, fuente de inspiración y una compañera agradable cuando se sentía sola. Oh sweet thing, sweet thing... my, my, my my, my sweet thing... cantaba Morrison mientras Margarita suspiraba con aire soñador, le encantaba ese tema, pues la hacía fantasear con amores imposibles.

Un día llamaron a la puerta cuando Margarita se estaba bañando. Era Nabor el cartero. Éste gritó hacia la escalera: “señorita, señorita, le traigo el recibo de la luz”. No obtuvo respuesta. Entonces el mensajero entró a la cocina a cumplir con su trabajo, dejar la factura de la electricidad sobre la mesa, ver si no se le ofrecía a Margarita enviar una carta o al menos conversar unos minutos. De la grabadora brotaba la voz de Joni Mitchell, dulce y embriagadora que cantaba: Oh, I could drink a case of you, darling... And I would still be on my feet... “Qué buen gusto tiene la niña Margarita”, pensó Nabor, “es una melodía divina”. De pronto se percató de la gran cantidad de cartas que había en el cajón de la cocina. “Están listas para enviarse”, concluyó. Tomó el grandísimo fajo de correspondencia y se lo llevó creyendo que tendría un detalle para con Margarita.

Margarita bajó a la cocina con una toalla enredada en la cabeza, posó sus ojos sobre la mesa, revisó el monto que venía en la factura. “Lo

mismo de siempre, lo mismo de siempre”, pensó. Subió a su habitación, se vistió y regresó a la cocina dispuesta a escribir. Cambió el casete, se decantó por el Happy Sad de Tim Buckley, soltó un suave silbido, abrió el cajón de la cocina y su corazón dio un vuelco: las cartas habían desaparecido.

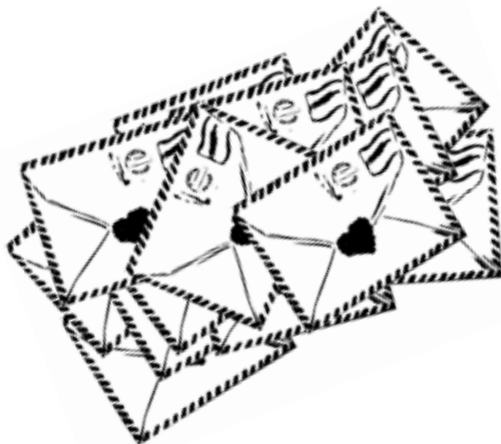
La invadió la angustia. Abrió todos los cajones de la cocina, las puertitas donde guardaba la vajilla, la alacena, incluso miró detrás de unos frascos de mermelada de guayaba. No estaban. Le dio mucha tristeza. Telefonó a la oficina de correos para preguntar por Nabor. No lo encontró, pero la operadora que le atendió le aseguró que todas sus epístolas habían sido enviadas sin dilación y que muy pronto llegarían a su destino. Margarita se puso lívida. “Mis cartas son un pasatiempo”, trataba de tranquilizarse, “todas regresarán a mí al no tener destinatario existente”.

Con el tiempo las fue olvidando.

Un día llamaron a su puerta. Se alcanzaba a escuchar el sonido de una muchedumbre. Margarita se asomó por la ventana discretamente. No daba crédito a sus ojos ante la imagen que se le mostraba. Había una larguísima fila de militares, marinos, bomberos, astronautas, todos vestidos con sus mejores galas, en la mano cada uno llevaba un ramo de flores, incluso uno usaba una falda de paja y un colorido penacho. Se formaron contingentes divididos por regiones del mundo: europeos, americanos, árabes, chinos, africanos, polinesios.

Todos enamorados.

Margarita supo en ese momento que en el futuro debería concentrarse en jugar al solitario.



Avísame cuando estés en casa

Audiel Gonzajuá

A Lesley Sosa, y a todas las mujeres de Morelos “Avísame cuando estés en casa”. Doble palomita azul... luego nada.

Elena revisa una y otra vez el mismo mensaje, la última conexión, la imagina leyendo el mensaje y cerrando con su huellita el celular. Las cosas suceden siempre en un segundo, y recuerda la cara de su hija y no evita llorar, llora cada vez que la recuerda, cada vez que observa su foto de perfil tomada en una visita al zoológico. La piensa encima del puentecito pintado de amarillo con un peluche de oso sobre las manitas, ahora piensa en eso, en sus manitas que seguramente pusieron resistencia frente a unas manos de hombre o de mujer, ¿cuántos pares de manos habrán sido?, seguramente los suficientes para subirla contra su voluntad al auto que la llevara a un viaje sin boleto de vuelta.

El destino es una espina envenenada para las mujeres de buen corazón y Elena llora y piensa en su hija, en los planes de es tarde de abril ahora tan lejana, quería comprarle el suetercito guinda que vieron en la plaza, ir por un helado, cenar pechuga asada. Elena no veía a su hija desde que esta se fue a estudiar a otra ciudad en agosto del año pasado, era la primera vez que regresaba a casa, Elena no pudo recogerla en la terminal porque debía terminar de coser los vestidos de la señora Ramírez, le dijo por mensaje que le avisara cuando estuviera en casa porque ella debía terminar el trabajo en el taller.

Elena apareció a las 3 de la tarde en casa sin un mensaje de confirmación, entró gritando el nombre de su hija, la pensó dormida, la pensó cansada por el viaje y en pijama recostada en la cama con sabanas nuevas que preparó para ella.

Elena se culpa, se culpa y llora y un temblor de impotencia y rabia le sube por cada espacio de su cansado cuerpo. Ella quería

ver a su hija y darle un beso en la mejilla y abrazarle después de tanto y recostarla en su pecho y “mi niña linda, te extrañé tanto”. El destino son dos dados que caen siempre en la casilla del infortunio. Elena pensó que su hija se habría entretenido con algunos amigos y olvidó avisarle, la esperó hasta las 10 de la noche... luego nada, la noche en vela, las llamadas a los familiares, la alerta Amber...

A las nueve de la mañana una llamada de la policía, necesitan a Elena en la Procuraduría, ojalá hayan encontrado a su hija en algún lugar de la ciudad, enfiestada, pero a salvo. Elena se pone el pullover negro que le regaló su hija el ultimo 10 de mayo.

Entra a la procuraduría, la dirigen a una sala rotulada con blanco “delitos contra la mujer”, se le congela la sangre... un lugar que huele a alcohol y formol impregnado en las mesas de acero, le hacen preguntas, pero no reacciona, Elena siente la fuerza escapando de sus piernas... Sí, es ella, ella es mi hija.



Eduardo Caballero

Los amarillos de su cuarto

Juan Pablo Goñi Capurro

Pasé un invierno adolescente tendido en la cama, oyendo “En un cuarto vacío”, disfrutando una depresión típica, contrariado porque en mi habitación no existían amarillos como en el cuarto de la canción de Orion’s. Cuando abrí la puerta del dormitorio de Carla y me topé con las paredes amarillas, sentí de golpe que caían sobre mí los treinta años pasados desde aquella temporada fría. Ella llegó con los dos Fernet y se topó con mi figura apoyada en el marco de la puerta, los ojos vidriosos y la erección perdida. Pasó a mi lado, dejó las bebidas sobre la mesa de luz y se tendió en la cama, abriendo la camisa, única prenda que vestía. Sonrió y me invitó, con un gesto elocuente, casi burdo. No pude reaccionar.

En lugar de dejarme ganar por su figura tentadora, mis ojos repasaron las imágenes de aquella pieza ubicada en el fondo de la casa, sus paredes blancas y las fotos de bandas de rock. El mueble con ocho cajones, recuperado por mis padres de alguna vivienda desocupada por un muerto familiar, donde guardaba mi ropa y, en el último, casi contra el piso, los libros del colegio y los que traía cada semana de la biblioteca Collinet. Extendí la mano hacia el póster de Charly García, recogí los pantalones caídos al pie de la cama, hice otras acciones típicas de quien vuelve a su dormitorio tras mucho tiempo, hasta que di con las cuartillas que también tenían lugar en ese último cajón. Debí temblar o sufrir una reacción similar, porque ese fue el momento que escogió Carla para comprender que algo no funcionaba.

—¿Qué te pasa, Juan Pablo? Ni que hubieras visto un fantasma.

Volví al presente, a sus ojos preocupados, a sus manos frotando mis brazos. Hice el esfuerzo de sonreírle, dejé que me fuera desprendiendo el pantalón, acaricié sus rulos, pero no pude despegarme de esas hojas tamaño oficio, tecladas con errores en la máquina portátil que compartía con mi padre. Sentí otra vez el entusiasmo entremezclado con la tristeza que experimenté cuando escribí Alejandra, el cuento del hombre cobarde que se enamoraba de una prostituta para ceder después a las convenciones, y abandonarla. Mientras los dedos fríos de Carla trazaban círculos sobre mi ombligo, mi propia mano trataba de encontrar en mi rostro las facciones de aquel adolescente enamorado de

las letras. Ese que terminó siendo un cobarde que, como el protagonista del relato, abandonó su amor por la literatura para sumarse al cuerpo de los que hallan satisfacción en el cheque a fin de mes. No pensé en el destino de aquellos borradores, lo conocía, ardieron en el fondo del patio junto con otros recuerdos imberbes cuando me mudé a mi primer apartamento, tras ahorrar mis primeros seis sueldos en el banco.

De pronto apareció en mi mano el vaso con el trago y los hielos; ni siquiera me había percatado del instante en que Carla renunció, al comprobar que sus esfuerzos por erotizarme eran vanos. Me senté en la cama, la senté conmigo, le tomé la mano, alcé el vaso para un brindis. Traté de darle a esa mujer lo que se merecía, era injusto que en nuestro primer encuentro erótico yo me ausentara de esa forma. Metí la mano bajo su camisa, en la espalda. Ella misma la quitó.

—No estás acá, quiero estar donde vos estés, llévame.

Ni yo pude entender como brotó el relato de aquellos sueños, entre la canción de Orion's y mi cuarto sin amarillos, hasta el hombre que había dejado partir a Alejandra. Terminé con ojos llorosos, pidiéndole perdón por esa reacción que no pude dominar.

—¿Perdón? Nada de perdón, es la primera vez que estoy ante un hombre desnudo de verdad.

Y así fue que Carla reunió entre sus brazos mis sueños, y mis renuncias, juntándolos con mi presente, hasta reconstruirme, demostrándome que no hay que dejar de abrir puertas, que tras alguna de ellas siempre hay un cuarto amarillo.



Kramer Vs. Kramer

Carlos Azar Manzur

Dice Kramer que nació en México, pero que su familia viene del Líbano, por eso le gusta el tabule, las hojas de parra y llama jocoque al *Labneh*. No obstante, como sus antecedentes no provienen de Beirut, sino de una ciudad más pequeña -de una familia provinciana, diríamos en México-, a los *fatayers* les dice *fatoyers* y al *Aristelas* lo llama *Aristelos*.

Dice Kramer que proviene de Veracruz y que conoce muchos libaneses asentados en el puerto. Su raigambre jarocho le hace decir *Menjules* a los *Mint Julip* y *Chichimbre* al pan de jengibre. Odia el Huapango de Moncayo (aunque he visto que comparte esa pasión *chilaquilera* que despierta el diálogo final entre la trompeta y el trombón), no tolera que a las picadas las llamen sopes, pero no le molesta el uso excesivo de la palabra *querreque* en los sones jarochos.

Dice Kramer que a él no le gusta pasar por extranjero en ningún país. Por eso, toma whisky y habla bien de la cocina inglesa, sostiene una copa de coñac con la mano izquierda mientras con la derecha lee a Sartre en Francia, se queja de los ingredientes en Italia, sabe cuáles son los mejores pancakes en San Antonio y los efectos de las berenjenas en La Habana. No obstante, a veces se equivoca frente a las minucias del lenguaje al pedir un encendedor argentino o un preservativo brasileño.

Dice Kramer que le interesa viajar al sur. Por eso quisiera convertirse en Arturo de Córdova, en la imagen de México en una casa cervecera en el Mundial de Sudáfrica, en actor de películas de directoras argentinas, aunque IMDB cometa con él la injusticia de borrarlo de algunas. Sin embargo, no pasa inadvertido y de pronto lo vemos en medio de una discusión familiar, aunque no sea de su propia familia.

Cosmo Kramer es el vecino de Seinfeld. Mezcla de Eraserhead y de Hermann Munster, resultan inolvidables sus entradas al departamento, siempre distintas, sus negocios inútiles y su puro elegante. Inspirado en Kenny Kramer, un personaje que trabajaba enfrente de Larry David y que armó giras turísticas para visitar los sitios originales de la serie, Cosmo Kramer es una prueba de obsesión y compulsión, cuya respuesta histriónica aflora en la belleza de la expresión corporal.

Dice Kramer que le gusta cocinar: camarones al whisky, filete al whisky, pescado a la sal con whisky y pasta al whisky. Alguna vez fabricó un queso relleno inolvidable, y en un pasado muy remoto, unos huevos rancheros que todavía vuelven a mí como la imagen de un pasado venturoso en un mundo más justo. Es tal su amor por la cocina que, incluso, mandó construir un horno de piedra en su casa para guisar pizzas, pavos, pollos, nabos y colinabos, nueces y libaneses. Aunque influencias cercanas lo quieran inducir a la cocina macrobiótica y demás mentiras de la modernidad, permanece su pasión por la gastronomía verdadera, ésa que une a ciertos desquiciados alrededor de mesas de 24 platillos distintos o de hornos capaces de cocinar vacas enteras.

Dice Kramer que le gustaría recuperar las recetas de las familias y publicarlas en su editorial. Ya logró recabar 47 recetarios. En ellos, descubrimos que las cáscaras de huevo eran las antiguas tazas de medida, que el whisky se servía con dos hielos, que un centavo de canela debía ser una pizza y que las gallinas verdes del barrio de La luz de Puebla, se conocen como “gallinas de sal de pellizco”.

Dice Kramer que era músico, pero quería convertirse en actor de obras de Shakespeare, de Marlowe o de Héctor Bourges.

Dice Kramer que era editor, pero su sueño era tocar la trompeta, a mediodía y con sombrero de catrín jarocho, en un parque de la colonia Narvarte.

Dice Kramer que el otro es el que se parece a Kramer.

Dice Kramer que, sin duda, es el otro el que se asemeja a Kramer.

Kramer y Kramer se conocieron en la secundaria, esa época en la que aprendías a crecer jugando *Números* contra un muro, mientras arrojabas una pelota de tenis al mismo tiempo que decías al aire un número específico y, si el correspondiente no la atrapaba, tenía un hijo. Quien lograba acumular tres hijos, tal vez como respeto a las políticas contra la sobrepoblación, se formaba frente al paredón mientras que el resto lo fusilaba con la misma pelota de tenis.

Dice Kramer que Kramer lo fusiló varias veces.

Dice Kramer que Kramer sólo le disparó una vez, pero que el impacto permanece grabado.

Digo yo que en esa etapa los conocí, mientras discutía con las orientadoras acerca del carácter formativo de *Números*.

Una incluso dijo que en lugar de ser fusilados deberían hacer trabajo social.

Dice Kramer que juntos tocamos la marimba.

Dice Kramer que no pudo detener un gol de larga distancia.

Posteriormente, Kramer salió del país hacia castillos más distantes, mientras que Kramer entró a la Ibero a estudiar comunicación.

Dice Kramer que Cardiff es una ciudad horrible. ¿Y Swansea? Horrible también. Sin embargo, dice que el bosque es ilimitado y cuando el clima permite hacer días de campo junto a los castillos, la experiencia es inolvidable.

Dice Kramer que vio cómo construían la alameda de Santa Fe. El gran pulmón de una zona que pronto se convertiría en la cancha fértil de una competencia fálica entre arquitectos. Dice que cuando conoció la alameda, preguntó para qué servían esas pequeñas chimeneas incrustadas a lo largo del bosque. “Son respiradores, recuerda que antes, Santa Fe era la sede del basurero de la ciudad”.

¿Y esos asadores? Entonces guardaron la carne asada cuando el metano sulfurado les rascó la nariz y salieron corriendo. Dice que afortunadamente pudieron evitar esa experiencia inolvidable.

Dice Kramer que le gustaría celebrar su cumpleaños con una fiesta de disfraces en la que todos nos disfracemos de estaciones del metro de la Ciudad de México.

Dice Kramer que él irá como tambo naranja para separar el vagón de las mujeres del resto de los vagones.

Digo yo que iré vestido de *Salto del agua*.

Dice Kramer que también le gustaría hacer una fiesta de disfraces de cocteles.

Dice Kramer que su coctel favorito es el Coctel Luisa, una impresionante bebida azul con hielos azules y vodka azul. Las bebidas azules siempre llaman la atención. Dice que le gustaría celebrar su cumpleaños en un bar de San Lázaro, con bebidas azules y música de Wynton Marsalis.

Dice Kramer que le gusta la comida de colores.

Dice Kramer que el azul no existe en la naturaleza, pero que el rojo deslavado de la embajada jarocho le recuerda su infancia.

Dice Rodrigo que nos invita a un asado en el que habrá lechones, picañas, portobellos, pimientos, cebollas, asados de tira, cerdo a las hierbas finas y un rehilete de *Tomahawks*.

Dice Kramer que adora el *Tomahawk*, pero que llevará unas empanadas de chicharrón prensado que probó en Chihuahua.

Dice Kramer que nunca ha probado el *Tomahawk*, pero que las mejores empanadas de chicharrón son las de Texcoco.

Dice Melina que no le busquen *manzanas al pie*.

Dice Claudio que ya le hace daño el queso.

Dice Kramer que el mejor queso es el queso con comino.

Dice Kramer que no, que para el asado el mejor es el asadero porque se funde muy bien.

Dice Juan que están metidos en un fangal, un fangal.

Dice Lucy, con voz nostálgica, que le gustaría conocer Suecia, sobre todo Malmoe.

Dice Celeste que se deberían ir a Europa.

Dice Andrea que no entiende por qué se ve ahumado el techo de su cocina.

Dice Kramer que ¿a quién matarías: a la vaca o al cerdo?

Dice Kramer que Tortas Jorge debería ser Patrimonio de la humanidad.

Dice Nuria que la avena es buenísima.

Dice la mamá de Rodrigo que no entiende nada de nada.

Dice Amapola que cumple años el 17.
Juan no dice nada.

Dice Florencia que el jitomate es una fruta.

Dice Fava que la mejor manera de preparar el cerdo es con miel de maple.

Dice Kramer que la de maple no es miel.

Dice Kramer que está de acuerdo.

Digo yo que todos nos volteamos a ver, que hubo un silencio que cualquier poeta mediocre hubiera podido calificar de incómodo, que habíamos llegado a una situación que desconocíamos. Kramer dejaba de estar en contra de Kramer.

Digo yo que sentimos que el humo de la cocina se dissipaba, que en el fangal le habíamos buscado tres pies al horno, que la colitis se curaba por arte de magia.

Digo yo que habíamos descubierto que todos los caminos llevaban a Malmoe.

Dice Kramer que en realidad la única miel es la de abeja.

Dice Kramer que la miel es dorada porque es valiosa y única.

Dice Kramer que es la única.

Dice Kramer que es única.

Digo yo que empezaba a caer la noche, a esa hora en que toda luz es insuficiente.

Dice Rodrigo que va a prender las luces de la terraza.

Dice Kramer que él prefiere las candilejas apagadas.

Dice Kramer que es mejor que las luces del techo sean tenues.

Dice Kramer que le recuerda el amanecer en el norte de Noruega.

Dice Kramer que el amanecer más hermoso es en Pátzcuaro.

Digo yo que respiramos mejor, que el mundo se reconstruía sin ideal ni esperanza, digo yo que vi cómo se esbozaba una sonrisa en Kramer y otra en Kramer.





INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES



TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión
y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje
y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias
para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce
los elementos estéticos que te ayudarán a
apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org

CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Mesa de edición y arbitraje:

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas:

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Depto. de Arte y Diseño
IMPRECEN, S.A. DE C.V

Fotografía de portada

Cecilia Durán Mena
Griseus

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

Pretextos literarios por escrito



es una revista bimestral. Número quince. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3000 ejemplares.
Circulación Agosto - Septiembre 2018

| Maestría en Guionismo

"80% de una película es el guión; el otro 20 es la ejecución."

Billy Wilder

**DIGITAL
MARKETING**



**Especialidad en Publicidad
en Medios Interactivos**

Consultar RVOE en uic.mx

"Anunciar no es una ciencia, es un arte."

Bill Bernbach

Campus Sur

Av. Insurgentes Sur 4303,
Col. Santa Ursula Xitla

55487 1370 al 79
admisión@uic.edu.mx

| Pregunta por nuestro



Consulta condiciones con tu asesor educativo.

Contacto de Director: beatriz.gonzalez@uic.edu.mx



#UICMx

ELIGE BIEN #ELIGESERUIC



www.uic.mx

Ultimátum

“Aprendí a reconocer la completa y primitiva dualidad del hombre; me di cuenta de que, de las dos naturalezas que luchaban en el campo de batalla de mi conciencia, aun cuando podía decirse con razón que yo era cualquiera de las dos, ello se debía únicamente a que era radicalmente ambas”

El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde.
Robert Louis Stevenson